

PREDICACION DOGIMATICA

Con pena hemos visto presentada en un periódico religioso y defendida por un escritor muy respetable, ideal de que la predicación evangélica debe ser puramente moral y en ningún caso dogmática.

En nuestra humilde opinión, el dogma y la moral es tan íntimamente asociados que mal pueden propinarse a los fieles separadamente la enseñanza dogmática y la moral; mucho menos la una con exclusión absoluta de la otra.

Cree el escritor que la moral puede demostrarse, mas dogma. Creemos lo contrario: la moral evangélica naturalmente severa y adversa a nuestra corrompida naturaleza, es indemostrable, si no se explican, si no se demuestran las milagrosas verdades en que se apoya.

Predíquese *en abstracto* la máxima: "amad a vuestros enemigos", " y no tendrá eco alguno. Convéznase al oírte de que Jesús era efectivamente hijo de Dios y que murió por nosotros, recuérdesele su ejemplo, y entonces la divina palabra se apoderará de su inteligencia y de su corazón ;. entonces se sentirá dispuesto a seguir el consejo que antes, venido de la palabra de un hombre, había juzgado tal vez mal fundado y difícilmente practicable.

Por otra parte, la sencilla narración evangélica que el Señor mandó a sus discípulos propagasen en todo el mundo, ¿es pura enseñanza moral? No, de ella como de una misma fuente, nace el dogma y la moral cristiana.

En los tiempos modernos, en estos tiempos de incredulidad, ¿cuál ha sido la predicación que más campo ha conquistado para el catolicismo, sino aquella que ilustra el misterio con las luces de la razón? Bastaríanos citar al Padre Lacordaire y al Padre Félix.

Los protestantes, discípulos de Lutero, sostienen que

*[*Matth.*, 5, 441. N. del E.

basta al cristiano para salvarse la fe sin obras. Prot stan-
tismo en sentido opuesto, sería sostener la suficienci de
obras sin la fe. La Iglesia católica, madre de verdad,
de los fieles ambas cosas: la aceptación (y eso racion l
como dice San Pablo) del misterio, y el
cumplimiento de los mandamientos evangélicos.

Por tanto la predicación debe constar también de ambos
elementos: doctrina y disciplina.

Estas ideas, cuya enunciación festinamos, creemos lla-
marán la atención del escritor a que aludimos, cuyas ideas
y sana intención nos salen garantes de que él, meditan o
un poco, restringirá a sus justos límites una opinión que,
interpretada en rigor, puede ser muy peligrosa.

La Fe, Bogotá, Trimestre I, núm. 9, 11 de julio
de 1868, pág. 68.